

## Editorial

### ¿“Abrirse al mundo”?

#### ***Las nuevas tendencias económicas y geopolíticas mundiales***

*La integración e inserción al mundo ahora deben tener este objetivo: permitir que los capitales ingresen prácticamente sin ninguna regulación y hacer negocios sin demasiados controles. En otras palabras, fomentar la financiarización de la economía. Asimismo, las alternativas son volcarse hacia la Alianza del Pacífico, abrir importaciones, y la tercera consigna, contener o expulsar a Venezuela del MERCOSUR (o terminar por hacer imposibles las condiciones de gobernabilidad del actual gobierno de Maduro).*

La *Revista Estado y Políticas Públicas*, en su octavo número, se propone introducirnos en el análisis de una nueva geopolítica mundial que paulatinamente se erige a partir de comienzos de 2016 a partir de ciertos sucesos clave. Parece cada vez más cierto que los análisis nacionales deben contextualizarse en los análisis globales, y viceversa, volviendo más compleja e interdependiente estas variables. Lo mismo puede decirse del nivel regional. Es por ello, entre otros motivos, que se ha incluido en este número de la Revista el artículo de investigación de Eduardo Crespo y Marcelo Muñoz sobre las condiciones globales del desarrollo económico. En lo que se refiere particularmente a las tendencias geopolíticas y económicas que introducen el nuevo gobierno de Donald Trump en los Estados Unidos, se verifican una retracción en el comercio internacional. Y en

ese sentido, nos preguntamos: ¿qué implicancias tiene para la Argentina y para la región el cambio de signo de gobierno de uno de los países más importantes del escenario global? ¿Y cuál es y en qué consiste la principal estrategia del gobierno de *Cambiamos* en la Argentina de inserción internacional, de “abrirse al mundo”?

Como señala en este número Ricardo Aronskind, en las décadas recientes, el proceso de globalización ha generado una serie de cambios distributivos en materia de riqueza y de poder, caracterizados por la concentración de los recursos y por la profundización de la desigualdad, tanto en los planos internos como internacionales. En ese contexto, las corporaciones multinacionales tuvieron un escenario propicio para el despliegue de su potencial productivo en todo el planeta,

aún a costa del bienestar social en los propios países centrales. En tanto el malestar social habitó el mundo periférico, no se tomó nota de los aspectos más disruptivos del esquema globalizador. Pero en cuanto comenzó a llegar a los centros, con indicadores de falta de empleo, escaso crecimiento y concentración de la riqueza, comenzaron a producirse nuevos fenómenos políticos de desafección con la globalización y la irrupción de candidatos más nacionalistas, protectivos, anti-inmigratorios y anti-alianzas comerciales de libre comercio.

Este es el punto de partida de la llegada de Donald Trump a la presidencia de la principal potencia mundial: los Estados Unidos. Dicho acontecimiento provoca un giro de 180 grados que produce un escenario complejo e imprevisible para el resto del mundo, pero que, si bien parece desglobalizante y proteccionista, a su vez tiende a recuperar la unipolaridad haciendo uso de su potencial financiero, tecnológico y bélico. Donald Trump se caracterizó en la campaña electoral por ser un candidato anti *establishment*, pro empleo, aislacionista, favorecedor de negocios con Rusia, conflictivo con China, pero, una vez en el poder, parece haber cambiado significativamente su política exterior. Giró hacia el *establishment financiero* y el complejo militar industrial, buscando ser nuevamente un actor directo en Medio Oriente, conflictivo ahora con Rusia, interviniendo en Siria, bombardeando un aeropuerto; buscando desestructurar el pacto antinuclear con Irán firmado por cinco potencias entre ellas su propio país. Asimismo, alimenta el conflicto con Corea del Norte, busca que predomine la derecha nacionalista en la Unión Europea y, entre otras cuestiones clave, realimenta la carrera armamentística.

En el marco de las relaciones entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos, se observa un acercamiento de Donald Trump con actores tales como los ex presidentes colombianos Uribe y Pastrana no favorables a la paz en Colombia, así como también con

el presidente neoliberal de Perú, Pedro Pablo Kuczynski. Además Trump sostiene la construcción del muro en la frontera con México, sus iniciativas en el campo de la salud, energía, ambiente, reforma tributaria en favor de los ricos y en detrimento de los sectores sociales más pobres y medios y la posesión de armas por particulares, le han generado el índice de aprobación más bajo de los últimos 70 años de ese país.

En el caso del presidente peruano Kuczynski, fue el primer presidente latinoamericano en visitar la Casa Blanca desde la investidura de Trump. El siguiente de la lista fue Macri quien estaba sumamente interesado en buscar su apoyo, mostrar buenas relaciones, como representante político alineado, como plantear requerimientos económicos de algunos de sus *lobbies* internos: la exportación e importación de ciertos bienes (limones y biodiésel). De hecho, previamente inauguró una planta de Techint en Norteamérica por 1.500 millones de dólares. Una “lluvia de inversiones” pero en Houston Texas, que supone, a la inversa, la pérdida de empleos en la siderurgia de Campana, Argentina. Los temas tratados entre los mandatarios en el almuerzo seguramente giraron en torno a los temas esperables: la compra de armas a los Estados Unidos, asumir posiciones cada vez más duras en contra de Venezuela, la posición que asuma nuestro país en el G-20 que próximamente asumirá la Presidencia e incluso la posibilidad de comprometerse con la política exterior que proponen los Estados Unidos en África, y con suerte, ello será a cambio de que Trump le permita el ingreso de los limones tucumanos a su país con un arancel aceptable o bien que finalice la denuncia por *dumping* en el comercio de biodiésel. Todos ellos, signos claros del retorno de la idea y de la práctica de convertir a América Latina en el “patio trasero” de los Estados Unidos.

Trump está mirando hacia América Latina en un contexto en el que parece haber otor-

gado vía libre al Pentágono como rector de la política exterior para esta región. La región latinoamericana es parte de los objetivos estratégicos de larga data para el gobierno del Norte. No obstante, el unilateralismo de Trump, choca de frente con el mundo multipolar que se ha configurado en los últimos años.

En este nuevo escenario global, la política exterior de la Argentina da un giro pronunciado con respecto a la del gobierno anterior, que se encontraba más volcada a las relaciones de integración regional, cooperación Sur-Sur, BRICS, y a una institucionalidad latinoamericanas más autónoma, como la que representaban la UNASUR y la CELAC. Recomendamos en este punto, los artículos de Ma. Cecilia Míguez y de Pablo Míguez que presentamos en este número de la Revista, ya que el primero analiza la política exterior del primer año del gobierno de Mauricio Macri, y el segundo, analiza el vínculo entre el capital global, la integración regional y los Estados Nacionales. Consideramos que el “Abrirse al mundo”, es en realidad volver al sistema financiero global porque no estábamos aislados. Además de desarticular el MERCOSUR, excluyendo Venezuela, esta política busca promover asociaciones de libre comercio que ignoran la producción local y, asimismo, cambian los posicionamientos en la ONU, en la OEA, y en los organismos internacionales, de progresivos a conservadores.

El gobierno de *Cambios* realizó una fuerte crítica a la anterior gestión de Cristina Fernández de Kirchner en política internacional, ya que para el PRO, el kirchnerismo nos habría heredado el aislacionismo e ideologismo, caminos que en la actualidad debemos desandar puesto que nos habrían aislado del mundo. De manera que en sus supuestos de nuevo ingreso a las relaciones internacionales con las potencias mundiales, se debe ser más pragmático y favorecer las posibilidades de negocios e inversiones con los países tradicionales desarrollados del norte. La integración

e inserción al mundo ahora deben tener este objetivo: permitir que lo capitales ingresen prácticamente sin ninguna regulación y hacer negocios sin demasiados controles. En otras palabras, fomentar la financiarización de la economía. Asimismo, las alternativas son volcarse hacia la Alianza del Pacífico, abrir importaciones, y la tercera consigna, contener o expulsar a Venezuela del MERCOSUR (o terminar por hacer imposibles las condiciones de gobernabilidad del actual gobierno de Maduro).

También la inserción al mundo propuesta por el gobierno de *Cambios* busca establecer una alianza estratégica con un aliado políticamente débil como es el presidente del Brasil, Michel Temer, y gestionar el MERCOSUR con una lógica neoliberal; entrar a la Alianza del Pacífico pero en un momento en que estos países empiezan a interrogarse sobre el futuro del libre intercambio con los Estados Unidos y del Acuerdo de Asociación Transpacífico (TTP). Asimismo, parece riesgoso para nuestra industria realizar acuerdos comerciales con la Unión Europea con grandes concesiones y acelerar las gestiones, mientras la Argentina es Presidente Pro Témprore, y generar también un nuevo capítulo en la negociación por Malvinas y el Atlántico Sur, donde no se consideran como importantes cuestiones relativas a la cesión de soberanía.

Pero no es solamente lo explícito, también existe una diplomacia y una agenda no pública de Cancillería que no sólo se produce en el tratado con Qatar sobre el fondo de garantías de la Anses; las negociaciones sobre Malvinas sin saber sus contenidos, el Tratado de Libre Comercio con la Unión Europea sin ninguna información pública sobre avances y concesiones; la compra de armas a diversos países, entre otras políticas. Todo ello parecería formar parte de una suerte de diplomacia secreta como una prerrogativa del Poder Ejecutivo, que no requiere debate parlamentario

ni discusión pública sobre sus conveniencias e implicancias sociales, económicas y políticas.

Por su parte, pero relacionado a lo anterior, también desaparece del debate público lo relativo a la geopolítica del Atlántico Sur: en primer lugar, Malvinas y su proyección sobre la Antártida. En segundo lugar, el actual conflicto del gobierno con Santa Cruz, que implica impactos negativos sobre el empleo y sobre las inversiones locales. Ello ha sucedido de igual forma en Tierra del Fuego, donde la apertura económica ha llevado a la desarticulación del polo electroindustrial y comienza a promover la emigración de la población. Lo mismo ocurre en Chubut con cierres de pozos de petróleo que dejan miles de empleos en cuestión. Ello, más el desmantelamiento del polo tecnológico de Bariloche, la modificación de la ley de tenencia de tierras, la no realización de las represas hidroeléctricas que ya tenían financiamiento chino y ruso, al igual que nucleares, el cierre de la central termoelectrónica de última generación de Río Turbio y su conexión con la red nacional. Algunas de estas decisiones sobre las represas (habrá que ver si China lo admite, porque ya fueron tratados firmados) fueron realizadas por argumentaciones ambientales pero en realidad son tanto político electorales (configurar a Santa Cruz “como Venezuela” para asociarlo al “kirchnerismo”) como geopolíticas: se intenta volver hacia una Patagonia desértica y ajena, sin perspectivas de desarrollo. A un territorio de enclaves extractivos particularmente en Vaca Muerta. A una Patagonia despoblada y sin desarrollo, apta como un territorio controlable para las transnacionales, grandes potencias, magnates extranjeros y potenciales bases militares. Sin duda, para profundizar estos temas, recomendamos el análisis que nos proponen Cecilia Allami y Alan Cibils sobre financiarización de la periferia latinoamericana en relación a la deuda, *commodities* y acumulación de reservas. Al parecer, nos aliamos a potencias que no quieren un país desarrollado sino pro-

veedores de biodiversidad y materias primas. El “volver al mundo” configura de este modo un retorno riesgoso a las relaciones internacionales de los ‘90, de alineamiento automático que no evitó, sin embargo, la debacle del modelo neoliberal previo.

Asimismo, la política exterior de este neoliberalismo llega tarde a un mundo que está más volcado a ser vendedor que comprador; que protege su empleo, su mercado interno y que apunta a las innovaciones tecnológicas, mientras la Argentina apuesta a abrirse al mundo, alienta las importaciones, destruye las pequeñas y medianas empresas (PyMEs), desindustrializa y desfinancia el desarrollo tecnológico. En el mismo momento en que la Argentina abre sus puertas a las inversiones e importaciones, no parecen llegar las inversiones esperadas (y sí se confirman las especulativas, que además terminan saliendo por fuga de capitales). De este modo, avanzamos hacia una sociedad más primarizada, desigual y resignada. Al igual que nuestro vecino Brasil; mientras el resto del mundo se inclina por la nacionalización y por la protección de las empresas locales, aquí se ha comenzado a desmontar el país.

En síntesis, esta nueva política internacional tiene dos características sustantivas: la primera que se ha mostrado desacompasada de las dinámicas y cambios internacionales, incluso contra sus propios objetivos. Y la segunda es que no solamente ha ido de la mano de una importante modificación de cuestiones económicas centrales, sino también de un cambio en la forma de Estado: un tránsito a una situación instrumental del Estado, el de su presencia activa para promover el desarrollo y aumentar su soberanía, a la promoción de negocios para las élites. En este contexto las sociedades de América del sur buscan resistir al neoliberalismo tardío a partir de movimientos sociales, huelgas, protestas de diversos actores que no quieren involucionar en su calidad de vida, producción y flexibilización del trabajo en nombre de una modernización que es de

ruptura. Los diversos movimientos sociales, gremiales y partidos políticos están generando conexiones y solidaridades para armar frentes anti-neoliberales de amplio espectro, que eviten —como en nuestro caso— un resultado electoral de las elecciones de medio término que le permitan a *Cambiamos* poder dar curso a una segunda oleada de ajustes.

Finalmente, quisiéramos advertir que si bien la agenda de las resistencias a la ofensiva conservadora nos obligan a actuar principalmente a nivel nacional, no se debe abandonar la importancia que deben jugar las alianzas y las redes de solidaridad regionales entre las fuerzas progresistas y populares de América Latina y otras regiones del mundo—como la Unión Europea— en una lucha internacional por la democracia y la justicia. Consideramos que *modelo e inserción internacional* van juntos. Que la lucha debe ser, al mismo tiempo, tanto contra el neoliberalismo tardío, como contra los Tratados de Libre Comercio hechos a medida de los intereses de las transnacionales y de alineamientos automáticos que más que “abrirnos al mundo”, nos vinculan con una potencia que profundiza sus orientaciones militares y reactivas.

**Daniel García Delgado**  
*Buenos Aires, abril de 2017*